

ENCICLICA "INGRUMENTIUM MALORUM"(*)

(15-IX-1951)

SOBRE EL REZO DEL SANTO ROSARIO

PIO PP. XII

*Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica*AAS 1. Exhortaciones anteriores del Pa-
43 pa y la correspondencia del pueblo.
577

Desde que por designios de la Divina Providencia fuimos elevados a la suprema cátedra de PEDRO, jamás hemos desistido, a la vista de los males que avanzan día a día, de confiar la suerte de la familia humana al segurísimo patrocinio de la Madre de Dios, para lo cual, como bien sabéis hemos publicado más de una vez escritos de exhortación. Os es conocido, Venerables Hermanos, con cuánto celo y con qué unanimidad y prontitud de espíritu, ha correspondido en todas partes el pueblo cristiano a esas exhortaciones. Este es el hermoso sentido de las maravillosas y repetidas manifestaciones de devoción hacia la Augusta Reina de los Cielos y, principalmente el de aquella demostración de júbilo de todo el orbe, que Nos fue dado contemplar con nuestros ojos el pasado año, cuando rodeados en la Plaza de SAN PEDRO de una inmensa multitud, proclamamos solemnemente el dogma de la Asunción de la Virgen MARÍA a los Cielos en cuerpo y alma.

578 Mas si bien es agradable recordar estas cosas y Nos consuela con la firme esperanza en la divina misericordia, no faltan en las presentes circunstancias motivos de grave tristeza, que afligen y preocupan Nuestro ánimo paternal.

2. Calamitosa condición de nuestros tiempos. Conocéis, en efecto, Venerables Hermanos, la calamitosa condi-

ción de nuestros tiempos. Todavía no ha sido rehecha la concordia fraternal de las naciones, rota desde hace tiempo, antes bien vemos perturbados los ánimos por los odios y las disputas, y aún amenazan a los pueblos los peligros de crueles contiendas. A esto se añade la encarnizada ola de persecuciones que oprime a la Iglesia, destituida en no pocas partes del mundo de su libertad, con todo género de calumnias y angustias y hasta de vez en cuando, con el derramamiento de la sangre de mártires. ¡A cuántas y cuán grandes asechanzas vemos expuestos en estos países a muchos de Nuestros hijos, con el fin de hacer que abduquen de su fe y se aparten para su desgracia de la unidad con esta Sede Apostólica! Ni podemos, en fin, pasar del todo en silencio un nuevo crimen perpetrado, sobre el cual hemos advertido con íntimo dolor del alma, no sólo a vosotros, sino a todo el clero, a los padres en particular y a los mismos gobernantes. Hablamos de las perversísimas maquinaciones contra la blanca inocencia de los niños. ¡Ni siquiera se ha perdonado a la edad inocente, como lo muestra el hecho de que se hayan atrevido temerarios a arrancar las mismas flores que crecen en el místico vergel de la Iglesia, como bellísima esperanza de la Religión y de la Patria! Nadie que reflexione sobre estas cosas, podrá admirarse entonces con exceso de que los pueblos giman hoy de tan gran manera bajo el peso de los

(*) A. A. S., 43 (1951) 577-582. La traducción es de "Cristiandad" N° 181, Año 8, 1-X-1951, p. 412-413; La versión castellana de "N. C." se encuentra en "Criterio" N° 1149, Año 24, 11-X-1951, p. 792-794. Los subtítulos son en parte de responsabilidad de la 2ª Edic. (P. H.)

castigos divinos y de que permanezcan de tal suerte suspensos por el temor de mayores calamidades.

3. Acudid con viva confianza a la Madre de Dios en las dificultades. Sin embargo, considerando la gravedad de tan grandes conflictos no os desaniméis, Venerables Hermanos, sino que recordando aquellas divinas palabras: *Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y os abrirán*⁽¹⁾, acudid solícitos y con más viva confianza a la bienaventurada Virgen Madre de Dios a la cual siempre recurrió el pueblo cristiano en los momentos angustiosos, como quiera que ella *ha sido hecha causa de salvación para todo género humano*⁽²⁾.

Consiguientemente, no sin alegre expectación y firme esperanza vemos retornar el mes de octubre, en el cual acostumbran los fieles cristianos acudir con más frecuencia a los templos para rezar el Santísimo Rosario a MARÍA. Este año, Venerables Hermanos, deseamos que estas preces se recen con aquel mayor fervor que exigen necesidades cada día más graves. Nos es conocida a fondo la eficacia y la fuerza de esta devoción para alcanzar el auxilio maternal de MARÍA. Y aunque no sea este ciertamente el único medio que exista para merecer semejante protección, sin embargo creemos que por el rezo del Rosario, conforme persuade su origen más divino que humano y la misma razón lo indica, ha de conseguirse óptima y abundantemente.

4. La sencillez y fuerza de esta oración. ¿Qué cosa más eficaz ni más hermosa que las flores con las cuales se teje esta mística corona, a saber la oración dominical y la salutación angélica? Por la unión de estas oraciones tantas veces repetidas de palabra con la contemplación de los sagrados misterios, se abre para todos aun para los más rudos e indoctos un saludable y fácil camino para el fomento y la defensa de la fe. Y ciertamente con la frecuente meditación de dichos miste-

rios el espíritu saca la fuerza que en ellos está depositada, se inflama admirablemente en la esperanza de los bienes inmortales y se inclina, fuerte y suavemente a un tiempo, a seguir las huellas del mismo Cristo y de su Madre. Finalmente la misma oración tantas veces repetida de idéntica manera, lejos de tener nada de estéril ni de molesto, posee por el contrario una admirable fortaleza, como muestra la experiencia, para infundir en los que oran la confianza en la impetración y para hacer como una suave violencia en el corazón maternal de MARÍA.

5. El rezo familiar del Santo Rosario y sus frutos para la familia, especialmente para los hijos. Sed solícitos, Venerables Hermanos, de que los fieles aprovechando la ocasión del próximo mes cumplan diligentísimamente tan fructífero deber de orar y de que cada día se extienda más ampliamente esta costumbre. Por medio de vosotros conozca el pueblo cristiano su dignidad y su eficacia.

Pero está de un modo peculiar en ⁵⁸⁰ Nuestro deseo el que esta costumbre florezca de nuevo más y más dentro del recinto doméstico, que se custodie allí celosamente y que viva con nuevos incrementos. Pues en vano se intentará soldar los eslabones rotos de la comunidad civil si la sociedad doméstica, no se conforma diligentemente según el patrón de la norma evangélica. Para realizar tan difícil cometido el rezo familiar del Santo Rosario es adecuadísimo. ¡Qué hermoso espectáculo y cuán acepto a Dios el que se da, cuando al caer el día resuena el hogar con la repetición de las alabanzas a la Augusta Reina del Cielo! Esta común oración congrega ante la imagen de la Virgen en admirable concordia a padres y a hijos que vuelven del trabajo diario; los une piadosamente con los que están ausentes y con los difuntos y los estrecha a todos más íntimamente con el suavísimo vínculo del amor a la Santísima Virgen. Y ésta como Madre amantísima se halla presente en me-

(1) Luc. 11, 9.

(2) San Ireneo M. *Adversus Haeres.* III, 22 (Migne P. G. 7 col. 959).

dio de sus hijos y reparte con profusión los dones de la unidad y de la paz doméstica. Entonces la casa de la familia cristiana modelada a ejemplo de la familia de Nazareth se convierte en el domicilio terreno de la santidad y como un templo sagrado en el cual el Rosario mariano no es sólo un cierto y peculiar modo de orar que a diario sube al cielo con olor de suavidad, sino también escuela efficacísima de vida y de virtud cristianas. Los sagrados misterios de la Redención propuestos a la meditación de los fieles servirán para que los mayores de edad, teniendo ante sus ojos los ejemplos de JESÚS y de MARÍA, se acostumbren a trasladarlos a la práctica de la vida cotidiana y a sacar de ellos consuelo en los momentos ásperos y difíciles y a sentirse por por ellos llamados a los tesoros de los bienes celestes *a donde no llega el ladrón ni corrompe la polilla*⁽³⁾; y de tal modo infundirán en la mente de los niños los principios capitales de la fe cristiana que florecerá casi espontáneamente en su ánimo inocente el amor hacia el benignísimo Redentor, en tanto que ellos, merced al luminoso ejemplo de sus padres, que reverencian de rodillas la majestad de Dios, aprenderán, ya desde sus más tiernos años, el poder que tiene cabe el trono de Dios, la oración en común.

581

6. El remedio para los males de nuestros tiempos. De nuevo por lo tanto no dudamos en afirmar explícitamente que nuestra esperanza para sanar los males de nuestros tiempos, está colocada en el Rosario mariano. La Iglesia no apoyada en la fuerza ni en las armas ni en los recursos humanos sino que impetrado el auxilio divino por medio de estas preces, como armada con la honda davídica, está pronta para batallar impávida con el enemigo infernal, al cual ciertamente pueden aplicarse las voces del joven pastor: *Tú vienes a mí con espada, lanza y escudo, yo vengo a ti en cambio en el solo nombre del Dios de los ejércitos...; y conocerán toda muche-*

(3) Luc. 12, 33.

dumbre que el Señor vence sin necesidad de espada ni de lanzas⁽⁴⁾.

Por todo lo cual deseamos ardientemente que todos, Venerables Hermanos, yendo vosotros delante con la exhortación, respondan con unanimidad de voz y de espíritu y con el mismo ardor de caridad a estas nuestras paternales exhortaciones. Si los males y las maquinaciones de los malos crecen, crezca también y aumente cada día más la piedad de los buenos; que éstos se esfuercen en alcanzar de nuestra amantísima Madre, principalmente por este modo de orar, a ella en verdad agradabilísimo, que luzcan cuanto antes tiempos mejores para la Iglesia y para la familia humana.

7. Instrumento de la pacificación colectiva. Roguemos todos, para que la poderosísima Madre de Dios, instada por la súplicas de tantos hijos suyos nos obtenga de su Unigénito, que vuelvan, con el espíritu renovado, a la verdad y a la virtud, los que desgraciadamente se habfan de ellas apartado, que los odios y las envidias que son fuente de las discordias y de desgracias de todo género, se apaguen felizmente; que la paz, una paz que sea verdadera, justa y sincera brille para los individuos y las familias, para los pueblos y las naciones; que puestos a salvo, en fin, como es obligado, los derechos de la Iglesia, aquel influjo benéfico que de ella nace, derramándose en el ánimo de los hombres, en las clases de la sociedad y por los mismos conductos vitales del Estado, una en fraterno vínculo la familia de los pueblos y la conduzca a una prosperidad tal que tempere, defienda y coordine los derechos y los deberes de todos y que a nadie dañe, y sean de este modo cada día mayores la mutua inteligencia, el mutuo sentir y la obra.

582

8. El Rosario, medio eficaz para ayudar especialmente a los perseguidos y la Iglesia del silencio. No se alejen de vuestro pensamiento, Venerables Hermanos y amados hijos, mien-

(4) I Reyes 17, 44 y 49.

tras suplicantes enlazáis las nuevas flores del rosario mariano, no se alejen de vuestro pensamiento, decimos, los que, en el cautiverio, en las cárceles y en los campos de concentración se hallan tristemente retenidos. Se encuentran entre ellos, como sabéis, Obispos incluso, arrojados de sus sedes por haber vindicado con esforzado ánimo los sagrados derechos de Dios y de la Iglesia; hay hijos, padres y madres de familia arrancados lejos de sus hogares, los cuales arrastran su desgraciada vida por tierras desconocidas y países extraños. A la manera como Nosotros les amamos con particular afecto y les estrechamos contra Nuestro paternal corazón, así vosotros, movidos de aquel amor fraterno que la Religión cristiana alimenta y nutre, orando juntamente con nosotros a los pies del altar de la Virgen Madre de Dios encomendadlos fervorosamente a su materno corazón. Ella, sin duda, aminorará y aliviará sus sufrimientos, con la esperanza del premio eterno y apresurará lo más posible, como ardientemente lo esperamos, el fin de tan gran cúmulo de desgracias.

9. Esperanza de renovada correspondencia y Bendición Apostólica. No dudando, Venerables Hermanos, que con aquella solícita diligencia, en vosotros acostumbrada, haréis llegar a vuestro clero y a vuestra grey, del modo que juzguéis más apto, estas Nuestras paternas exhortaciones y seguros, asimismo, de que cuantos en cualquier parte de la tierra, son hijos Nuestros en Cristo, han de corresponder libre y espontáneamente a Nuestra invitación, como testimonio de Nuestro agradecido afecto y en prenda de las gracias celestes, a todos y cada uno de vosotros y a la grey que os está particularmente encomendada —a aquellos especialmente que de manera principal en el mes de octubre, rezan el Santo Rosario a Nuestra intención—, impartimos la Bendición Apostólica con abundosa caridad.

Dado en Roma, en San Pedro, el 15 de septiembre, en la festividad de los Siete Dolores de la Bienaventurada Virgen MARÍA, del año 1951, año 13 de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.